

que mide la cultura y civilización de los pueblos.

A esta ley eterna de progreso está sujeta toda la creación.

Hé aquí la historia alcanzada por la ciencia.

Al omnipotente *fiat* del Orador de los universos, el caos se estremeció en las últimas convulsiones de la agonía, y la masa cósmica, el elemento generatriz de los mundos, pobló las profundas concavidades del espacio.

De este cosmos esparcido en el infinito se formaron las estrellas fijas ó soles, que solicitados por la fuerza de atracción planetaria ó gravitación universal, comenzaron á girar sobre sí mismos, obedeciendo así á las eternas y misteriosas leyes con que el Ser Supremo rige la inconmensurable máquina de lo creado.

En su movimiento relatorico, un sin número de estos astros primitivos desprendieron de su ecuador parte de su masa, dando origen al magnífico séquito de planetas que lo circundan.

Los planetas, á su vez, produjeron los satélites por la misma causa, y de este modo quedaron formados los sistemas planetarios que pueblan la inmensidad del espacio.

Tal es, señores, la admirable cosmogonía acorde con la ciencia astronómica.

¡Génesis sublime! ¡Creación maravillosa! ¡Omnipotente obra, ante la cual, la débil y obtusa imaginación del hombre queda confundida y absorta!

La tierra, uno de los mas exiguos planetas de nuestro sistema, puesto que es mucho mas pequeño que Júpiter, Saturno, Herschel y Leverier, comenzó desde su origen á describir una curva elíptica al derredor del foco solar.

Esta esfera terrestre, este débil átomo perdido en la profundidad de las regiones estelares; estaba, no obstante, destinado desde Ab eterno á ser la morada del hombre.

Referiré, señor, aunque de una manera sencilla, la formación de las cañas geológicas de nuestro globo; pero omitiré narrar las miríadas de años que trascurrieron, desde que el pequeño planeta terrestre, en estado igneo, principió á recorrer la brillante órbita que le habia señalado el dedo de Dios, hasta que llegó el tiempo de la época cuaternaria, que fué cuando apareció el hombre sobre la tierra.

La mezcla de los elementos heterogéneos que constituyen el globo que habitamos, estaban confundidos; de aquí una lucha terrible entre aquellos mismos elementos, lucha que no podía describir la imaginación mas fantástica y fecunda.

Aquel globo de fuego era inhabitable, impropio no solamente para la vida animal, sino aún para la vida vegetal.

Pero la tierra al recorrer los espacios interplanetarios, se enfriaba cada vez más, por la irradiación de su calor en aquellas regiones, dando lugar con esto á la formación de su primera capa de granito.

Después de terribles combates en que unas veces preponderaba el elemento plutónico y otras el neptuniano, después de una serie de transformaciones formidables, producidas por las potentes erupciones del fuego central y las abundantes y copiosas inundaciones causadas por las fre-

cuentes tempestades; la tierra entró en reposo, para dar lugar al desarrollo de una vejetación gigantesca y exuberante.

Pero todavía la superficie de nuestra esfera no podía proporcionar una habitación á su soberano, y continuó engalanándose, como la bella desposada que se atavia para recibir el objeto querido de su ternura.

Llegó, por fin, un día en que la Tierra, dulcemente bañada por sus bramadores mares y por sus apacibles y tranquilos lagos; surcada en toda su extensión por rios caudalosos, que en las requiebraduras y sinuosidades del terreno, se convertían en impetuosos torrentes y pintorescas cataratas; cuando los pajarillos de espléndido plumaje interrumpían la magestad y religioso silencio de los bosques con la armonía de sus trinos; cuando la mariposa fugaz y el hermoso colibrí libaban el néctar del público cáliz de las flores, rivalizando con ellas en gracia y en belleza; cuando aquellas flores, acariciadas por el cefirillo y muellemente mecidas por la brisa, se inclinaban unas hácia otras como para hacerse sus confidencias amorosas y contarse sus secretos; en fin, cuando la fauna y la flora en deliciosa armonía formaban un concierto digno de las arpas melodiosas de los bardos y de los druidas.... entonces apareció el hombre, y la presencia de este rey de la tierra, fué saludada con una sonrisa de los cielos.

Sigamos, ahora, á la humanidad en su progreso.

Los hombres primitivos no conocieron ninguna ley: su derecho era la fuerza bruta, y no tenían otra industria que la caza y la pesca.

La propagación de las razas humanas hizo que los hombres se reunieran en familias, y la reunión de éstas constituyó los pueblos nómadas.

Como el conocimiento de la existencia de un Sér Supremo es intuitivo, tanto en el hombre civilizado como en el bárbaro, el troglodita tenia también una idea, aunque bastante confusa de la Divinidad; idea que se habia despertado en él, por el terrible espectáculo que le ofrecían algunos fenómenos de la naturaleza.

En efecto, miró la colosal potencia del huracan que arrancaba á su paso la corpulenta encina y el vigoroso cedro.

Observó la tempestad en todo su furor; y al ver el zig-zag eléctrico, ostentando su flamígera llama en el oscuro fondo de las ennegrecidas nubes, al escuchar el pavoroso rimbombiar del trueno, comprendió que aquello no podía ser obra del hombre.

Levantó los ojos al cielo, como buscando aquel Sér oculto, sobrenatural; y sus miradas se encontraron con la luz intensa del astro-rey.

De aquí, señores, dimanó el culto que los pueblos salvajes dieron al Sol.

Después de una larga serie de años, cuando el politeísmo y el fetichismo estaban en todo su vigor, apareció Moisés, el legislador nombrado por Dios, para sacar al pueblo escogido de la cautividad de los egipcios; conducirlo al través del Desierto, á la tierra de promisión y darle los preceptos de eterna moral que contiene el sublime Decálogo recibido en el monte Sinai....

Vino después un Sócrates, moral é in-

signe filósofo, y que mártir de sus sanas doctrinas, fué oondenado por el Areópago á beber la cicuta.

Apareció Platon el divino, predicando su República universal, y arrebatando con su palabra elocuente la admiración de los hombres.

Su lenguaje fué tan bello, que de este filósofo se dijo: «Que si los ángeles hablaran el idioma de los hombres, escogerían el idioma de Platon.»

Floreó también un Pitágoras, enseñando la trasmigración de las almas y Atenas, y la Grecia toda se habian convertido en el foco de la civilización y de la filosofía.

Entre tanto, el tiempo trajo en su curso una época que vivirá eterna en la memoria de los cristianos.

Allá, en Betlem de la Judea, nació un hermosísimo Niño sobre un humilde pesebre.

Los reyes magos, venidos del oriente, Gaspar, Baltasar, y Melchor, llegaron hasta las puertas de aquel establo, y ofrecieron al futuro crucificado, incienso, oro y mirra.

De la cuna de aquel tierno niño nació el Cristianismo; y el mundo iba á recibir una regeneración completa con las purísimas doctrinas del mártir del Gólgota.

En efecto, 33 años después, apareció en la Judea un ser extraordinario. Devolvía la vista á los ciegos, hacia que los paralíticos recobraran sus movimientos, y á su simpática voz los muertos dejaban sus sepulcros.

¿Quién era aquel ser privilegiado? ¿Quién era aquel espíritu lleno de sabiduría, que con solo la fuerza de su palabra, arrastraba tras sí á la multitud atónita?

Era un espíritu elevado, que se aventajaba á su siglo, un espíritu sublime que traía la misión de dar un impulso potente á la inteligencia y á la moral.

Venía á predicar y á enseñar con el ejemplo el Dios de caridad, en vez del terrible Jehová del pueblo hebreo, en vez del Dios de las batallas y de la matanza.

El nos mandó perdonar, con sublime abnegación, á nuestros enemigos, y confirmó el precepto divino: «*á tu prójimo como á tí mismo.*»

Murió pendiente de una cruz en el monte de la Calabera; pero su sangre bendita fué un bautismo para la humanidad.

Su santa y purísima doctrina pasará á las futuras generaciones y prevalecerá espléndida y triunfante mientras existan hombres sobre la tierra.

Después de Jesucristo apareció Galileo, este in-igne geómetra descubrió el movimiento rotatorio de la Tierra; pero fué condenado á abjurar sus doctrinas como heréticas. Al retractarse impulsado por el terror que le inspiraba la hoguera, repetía interiormente: «E pur se muove.» ¡Y sin embargo se mueve!

Mas tarde, Newton, descubra la gravitación, y Kepler arranca á los planetas sus tres leyes astronómicas.

Con esto, el sistema copernicano se levanta triunfante entre todos los sistemas conoci los hasta esa época.

A grandes rasgos, Señores he trazado la historia del adelanto de la humanidad, antes del siglo XIX, antes de este siglo,

justamente llamado el siglo de las maravillas.

Veamos sus descubrimientos.

La electricidad que Franklin habia arrebatado á las nubes, por medio del pararrayo, Morse la sujeta á un hilo metálico; se inventa el telégrafo y el cable submarino, y el pensamiento se trasmite, en unos segundos, del uno al otro polo.

Fulton halla en el vapor un poderoso elemento motriz, y se hace la aplicación de esta fuerza á la náutica y á las líneas férreas.

Flamarion escribe las obras sublimes de su gigante génio, hace nuevos descubrimientos en la ciencia de los astros, y de su fecunda imaginación brotan las inmortales obras: Dios en la naturaleza.—Relatos del infinito —Pluralidad de mundos habitados y otras muchas.

Allan Kardec describe, con verdadera inspiración, el destino del espíritu en la vida futura, habla de la pluralidad de las existencias del alma, y nuevos horizontes de la ciencia se descubren con su doctrina.

La geología registra y habla en los archivos de las capas terrestres y en los fósiles, la edad de la tierra, y con su estudio queda formado el génesis de la ciencia.

En fin, en estos últimos días aparece Tomas A. Edison, inventor del teléfono, del microfono y del fonógrafo.

Todo esto prueba, Señores, que el progreso de las sociedades, jamás se detiene, porque es una ley establecida por el mismo Dios.

Comparad, ahora, á los hombres primitivos, al hombre de las cavernas, con los que han llevado el descubrimiento de la ciencia hasta la invención del telégrafo, del cable trasatlántico, del fonógrafo etc., y decidid si estos hombres no aparecen como semi-dioses al lado de aquellos seres incultos y salvajes.

Pero no terminará aquí, Señores, el adelanto, porque á esos que ahora son unos niños les está reservando ir mas allá que nosotros en sus descubrimientos.

Y vosotros, adolescentes compatriotas, inocentes niños, que hoy venis á recibir el premio de vuestros adelantos; seguid, seguid la senda de la moral y de la instrucción, para que llegéis á ser ciudadanos útiles á la patria. Y acordaos que la ciencia es un gran consuelo en la desgracia.

Oid una página de mi vida.

Era yo un niño aun; pero ya una intuición me hacia presentir la desgracia de mi vida. Mi placer, en mis momentos de tristeza era contemplar el cielo; y pasaba horas enteras bajo la influencia de los apacibles rayos de la mensajera de la noche.

¡Cuántas veces, esta antorcha suspendida en la mitad del firmamento, fué la solitaria compañera de mis lágrimas de niño!

Llegó mi juventud y lo que hasta entonces habia sido una intuición solamente, se trocó en una realidad funesta. Los engaños destruyeron las ilusiones de mi alma y disecaron las flores del corazón. Fuí muy desgraciado y el destino se

encargó de educarme en la escuela dolorosa del infirmitario.

Pero el estudio fué un lenitivo á mi dolor; quise instruirme y los pequeños conocimientos que alcancé en la Astronomía, mi ciencia predilecta; me hicieron ver con mas cariño al cielo. Admiré la obra grandiosa del Eterno en esos millares de estrellas que pueblan la azulada bóveda y supe que son otros tantos centros de sistemas planetarios, bellísimas y esplendentes moradas destinadas al espíritu.

Entonces comprendí lo que dijo un poeta:

«Que no hay pena, dolor ni desconsuelo, Que no se calme contemplando al cielo.»

Y á vosotras, tiernas niñas, animadas flores de la naturaleza ¿qué os diré? Que ya que estais destinadas á ser las reinas del hogar doméstico, procurad seguir vuestra instrucción, para que podais cumplir con la delicada misión que teneis de formar el corazón de vuestros hijos, inspirándoles buenos sentimientos. Si, cultivad vuestra inteligencia y sereis la dulce compañera del hombre destinada á mitigar sus tormentos; la mensajera entre Dios y el dolor de la humanidad, el ángel de ternura colocado entre el cielo y la tierra para que á la tierra le bendiga el cielo.

¡Queridos niños! ¡Impáticas niñas! He presenciado vuestros adelantos y he tenido el placer de ser vuestro sinodal. Os felicito, lo mismo que á vuestros preceptores por el aprovechamiento que habeis manifestado en los ramos de educación primaria.

Y haciéndome el fiel intérprete de los sentimientos que animan á los habitantes de esta ciudad, recibid, C. Gefe Político, la mas sincera felicitación, por el empeño y abnegación que teneis en el adelanto de la juventud. Hoy veis premiados vuestros nobles esfuerzos, y llegará un día, no lo dudeis, en que vuestro nombre será repetido con gratitud por los hijos de Otumba.

Y á vosotros, progresistas ciudadanos, á vosotros que deseais la instrucción de los niños, yo os invito á seguir en vuestra loable tarea....

Un esfuerzo mas y Otumba llegará á ser la Atenas de la época moderna.—Dije.

SUCESOS DEL DIA

La "Ilustracion Católica."

Llama absurdo asunto á la compra que acaba de hacerse por el gobierno, del Panton de Dolores.

Cuenta un colega de San Francisco

Que un tal Sullivan va á ser juzgado por pesar contra él la acusacion de lenguaje vulgar.

Mucho cuidado con ir á San Francisco señores del organote.

Nuevo colega.

Próximamente verá la luz pública un nuevo periódico que servirá de órgano á la Beneficencia pública del Distrito Federal.

Sea bienvenido.

como buenos hermanos, nos vamos á ir ahora mismo á la iglesia y á tomar el fresco allí dentro.

—Sepa usted—dijo el cura—que si no pareciese irreverencia grande, muchas tardes dormiría yo en un banco de aquellos que hay delante del coro; pero la casa del Señor se ha hecho para orar y nada mas.

—Y para guardar carabinas,—dijo Ulrrieta.

El cura se echó á reir.

—Vamos, don Sebastian,—dijo.—Usted siempre ha de tener buen humor.

Y esto diciendo, se vistió el cura en pocos momentos.

—Vámas donde usted quiera,—exclamó, terciándose el manteo como hacen los toreros al salir á la plaza y dirigirse á saludar á la presidencia.

Ulrieta echó delante.

Una vez en la calle, dijo el alcalde:

—No le estrañe á usted que yo haya venido á esta hora; pero me ha parecido la mejor para que nadie repare en nosotros.

—Tengo uno muy bueno, de la fábrica de Eibar,—contestó Ulrrieta.

—Pues si le hacen á usted falta cartuchos ó cápsulas, ó como se llamen, yo tengo aquí quinientas.

—¿Quinientas?—preguntó Ulrrieta asombrado.

Sí señor, quinientas, que vinieron al mismo tiempo que las carabinas.

—¡Prevenido está usted!

—Allá vamos.

—Pues ea, padre cura, ya que hemos llegado á entendernos y que podemos hablar sin rebozo, hablemos.

—Yo le escucho á usted.

—Yo debo recibir mis carabinas la semana que viene.

—Bien.

—En cuanto las reciba, se las envío á usted.

—Está muy bien.

—Usted las guarda aquí.

—Bueno.

—Y el día que sea necesario sacarlas...

desembainó y empezó á blandir en todas direcciones, gritando como un energúmeno:

—¡Aquí los quisiera yo coger á esos herejes infames que traen trastornado el mundo! ¡Zis! ¡zas! ¡Este es el cortacabezas que hace falta en España!

Ulrieta sonreía. La verdad es que á Ulrrieta no le disgustaba el entusiasmo del párroco del pueblo.

El buen alcalde conservaba sus aficiones á la causa del rey, y se alegraba de ver todavía partidarios ciegos.

Pero á pesar de que las palabras del cura pudieron haberle distraído de sus observaciones, se limitó á celebrarlas con su risa y algunas frases de cariño, y volvió á mirar el hueco por el armario descubierto.

El cura ya habia cesado de berrear, y con su boina puesta y su sotana arremangada buscaba en el suelo, debajo de la tercera tabla, algun nuevo objeto que enseñar al alcalde.

Sacó un paquete.

—¿Tiene usted revólver?—preguntó.